

ALCOFF-DE LAURETIS-FOX KELLER
GILBERT-GUBAR-HARDING-HEILBRUN
JONES-POOVEY-ROSALDO-SHOWALTER

UN NUEVO SABER

Nuevas direcciones



MARYSA NAVARRO
CATHARINE R. STIMPSON
(compiladoras)

LOS ESTUDIOS DE MUJERES

El feminismo y la ciencia*

Evelyn Fox Keller

Desde hace unos años varios trabajos feministas están dando cuerpo a una nueva crítica de la ciencia. La política feminista pone de relieve ciertas distorsiones masculinistas de la empresa científica y, para las que somos científicas, esto nos crea un dilema potencial. ¿Existe un conflicto entre nuestro compromiso con el feminismo y nuestro compromiso con la ciencia? Como feminista y científica, tengo mucho más conocimiento del que quisiera sobre el nerviosismo y la actitud defensiva que genera un conflicto potencial como éste. Tenemos verdaderas dificultades para pensar como científicas en los temas que hemos planteado como feministas. Sin embargo, en última instancia, estas dificultades pueden ser provechosas. Mi objetivo en este ensayo es explorar qué implicaciones tiene la crítica feminista de la ciencia para la relación entre la ciencia y el feminismo. ¿Suponen estas críticas un conflicto? Si es así, ¿hasta qué punto es necesario ese conflicto? Mi planteo es que esos elementos de la crítica feminista que más parecen estar en conflicto, por lo menos con las concepciones convencionales de la ciencia, en realidad podrían ser potencialmente liberadores para ella. Por lo tanto, podría ser provechoso para los científicos prestar atención a la crítica feminista. Hasta podríamos usar el pensamiento feminista para iluminar y esclarecer parte de la subestructura de la ciencia que podría haber sido distorsionada históricamente, con el fin de preservar las cosas que la ciencia nos enseñó, a fin de ser más objetivas. Pero, primero es necesario revisar las varias críticas que hicieron las feministas.

* Título original en inglés: "Feminism and Science", publicado en: *Signs*, vol. 7, núm. 3 (primavera de 1982). Traducción de Nattie Golubov y Julia Constantino, revisada y corregida por Marysa Navarro.

La gama de su crítica es amplia. Aunque todas dicen que la ciencia tiene un fuerte sesgo androcéntrico, el sentido de esta crítica varía mucho. Es conveniente representar las diferencias de significado con un espectro paralelo a la gama política que caracteriza al feminismo en su totalidad. Este espectro va de derecha a izquierda, empezando en algún punto a la izquierda del centro, en un punto que podría llamarse la *posición liberal*. Desde la crítica liberal, surgen acusaciones de androcentrismo que son relativamente fáciles de corregir. La crítica más radical exige cambios correspondientes más radicales; requiere que se examinen los supuestos subyacentes de la teoría científica y del método científico para detectar la presencia del sesgo masculino. La diferencia entre estas posiciones se ve con frecuencia opacada por una reacción automática que lleva a muchos científicos a considerar todas las críticas de este tipo como un desafío a la neutralidad de la ciencia. Uno de los puntos que deseo destacar aquí es que la gama de significados atribuidos a la acusación del sesgo androcéntrico refleja niveles muy diferentes de desafío, algunos de los cuales deberían ser aceptados hasta por los científicos más conservadores.

Primero, dentro de lo que denominé la crítica liberal, está la acusación de que, en lo esencial, plantea un problema de injusticia en las prácticas de empleo. Procede de la observación de que casi todos los científicos son hombres. Esta crítica es liberal en el sentido de que no entra en conflicto para nada con las concepciones tradicionales de la ciencia ni con las políticas de igualdad liberales. De hecho, es una crítica puramente política y puede ser defendida por todas las personas que estamos a favor de la igualdad de oportunidades. Desde este punto de vista, la ciencia no se vería afectada de ninguna manera por la presencia o la ausencia de mujeres.

La crítica que sigue es ligeramente más radical y apunta a que el predominio de los hombres en las ciencias llevó a un sesgo en la elección y definición de los problemas que les preocupan. Este planteo se hace con mayor frecuencia y facilidad en relación con las ciencias de la salud. Así, por ejemplo, se dice que la cuestión de los anticonceptivos no recibió la atención científica que su importancia humana merece y que, por otro lado, la atención que se le dio se ha centrado principalmente en las técnicas anticon-

ceptivas que deben emplear las mujeres. En una queja relacionada, las feministas plantean que los dolores menstruales, un problema serio para muchas mujeres, no fue tomado en serio por la profesión médica. Por lo tanto, es de suponer que si los temas de investigación médica hubieran sido articulados por mujeres, no se habrían producido estos desequilibrios particulares.¹ Es más difícil ubicar sesgos de este tipo en las ciencias más alejadas de los cuerpos de las mujeres, aunque pueden existir. Aun así, este tipo de crítica no afecta nuestra concepción de lo que es la ciencia, ni nuestra confianza en su neutralidad. Puede ser cierto que hayamos ignorado ciertos problemas en algunas áreas, pero nuestra definición de ciencia no incluye la elección de problemas —eso, estamos bien de acuerdo, siempre estuvo influido por las fuerzas sociales—. Por lo tanto, seguimos en el dominio liberal.

Mirando hacia la izquierda, encontramos acusaciones de sesgos en el diseño e interpretación de los experimentos. Por ejemplo, se señala que casi todas las investigaciones con ratas sobre el aprendizaje animal se realizaron con animales machos.² Aunque existe una explicación sencilla —a saber, que las ratas hembras tienen un ciclo de cuatro días que complica los experimentos—, la crítica continúa siendo válida. Aquí se supone, implícitamente, claro está, que el macho representa la especie. Existen muchos otros ejemplos, con frecuencia similares, en psicología. Los ejemplos en las ciencias biológicas son más difíciles de encontrar, aunque sospechamos que existen, y esta sospecha es particularmente fuerte en las investigaciones sobre sexualidad. En este punto, la influencia de preconceptos fuertemente arraigados parece inevitable. De hecho, aunque históricamente se documentó la existencia de estos preconceptos,³ no se elaboró todavía un planteo convincente para la existencia de un sesgo correspondiente en el

¹ No se trata únicamente de que haya sólo mujeres investigadoras para corregir estos desequilibrios, porque sabemos que las mujeres, como cualquier otra persona *extraña*, internalizan fácilmente las preocupaciones y los valores del mundo al que aspiran a pertenecer.

² Quiero agradecer a Lila Braine por brindarme esta información.

³ D. L. Hall y Diane Long, "The Social Implications of the Scientific Study of Sex", en: *Scholar and the Feminist* 4 (1977): 11-21.

diseño o la interpretación de los experimentos. En mi opinión, este hecho puede entenderse como prueba de la efectividad de los estándares de objetividad vigentes.

Pero es muy fácil encontrar evidencias de sesgos en la interpretación de observaciones y experimentos en las ciencias más orientadas a lo social. El área de la primatología es un blanco conocido. En los últimos quince años, las mujeres que trabajan en ese campo volvieron a examinar toda la gama de conceptos teóricos, con frecuencia usando básicamente las mismas herramientas metodológicas. Estos esfuerzos desembocaron en algunas formulaciones radicalmente diferentes. La gama de diferencias refleja frecuentemente la poderosa influencia del lenguaje común y el sesgo que impone a nuestras formulaciones teóricas. Existe una gran cantidad de trabajos muy interesantes sobre estas distorsiones,⁴ y, aunque no puedo hacer justicia a esos trabajos aquí, querría ofrecer como único ejemplo la siguiente descripción de una manada de animales con un solo macho que Jane Lancaster presenta como sustituto para el concepto familiar de *harén*: "Para una hembra, los machos son un recurso en su entorno que ella puede usar para prolongar su propia supervivencia y la de su descendencia. Si las condiciones de su entorno son tales que el papel del macho es mínimo, es probable que el grupo sea de un solo macho. Sólo se necesita un macho para un grupo de hembras, si su única función es preñarlas".⁵

Estas críticas que plantean que el predominio de los hombres en el campo de investigación tiene un efecto importante sobre los resultados de la teoría científica se dirigen casi exclusivamente a las ciencias *blandas*, incluso a las *más blandas*. Por lo tanto, todavía pueden enmarcarse en la tradición con el simple argumento de que las críticas, si son justificadas, sólo reflejan el hecho de

⁴ Véase, por ejemplo, Donna Haraway, "Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic", Part I: "A Political Physiology of Dominance", y "Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic", Part II: "The Past is the Contested Zone: Human Nature and Theories of Production and Reproduction in Primate Behavior Studies", en: *Signs* 4, núm. 1 (otoño de 1978): 21-60.

⁵ Jane Lancaster, *Primate Behavior and the Emergence of Human Culture* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1975): 34.

que estos temas no son suficientemente científicos. Es de suponer que los científicos con sentido de imparcialidad (o con mentalidad científica) podrían y deberían unirse a las feministas en su intento por identificar la presencia del sesgo —tan ofensivo para los científicos como para las feministas, aunque por razones diferentes—, para que estas ciencias *blandas* sean más rigurosas.

Es mucho más difícil lidiar con la crítica verdaderamente radical que intenta ubicar el sesgo androcéntrico hasta en las ciencias *duras*, de hecho, en la ideología científica misma. Este aspecto de la crítica nos saca del dominio liberal y exige que cuestionemos los supuestos mismos de objetividad y de racionalidad subyacentes en la empresa científica. Desafiar la verdad y la necesidad de conclusiones de la ciencias naturales basándose en que éstas también reflejan el juicio de los hombres, significa tomar el credo galileano y ponerlo patas arriba. No es verdad que "las conclusiones de la ciencia natural son verdaderas y necesarias y que el juicio del hombre nada tiene que ver con ellas",⁶ son las mujeres las que nada tienen que ver con ellas.

El ímpetu detrás de este acto radical es doble. Primero, se apoya en la experiencia de las investigadoras feministas en otros campos de estudio. Una y otra vez tuvieron que cuestionar los cánones de sus campos de estudio al tratar de restablecer a las mujeres como agentes y sujetos. Por consiguiente, pusieron su atención en el funcionamiento del sesgo patriarcal en los niveles más profundos de la estructura social, hasta en el lenguaje y en el pensamiento.

Pero la posibilidad de extender la crítica feminista a los fundamentos del pensamiento científico viene de ciertos desarrollos recientes en la historia y la filosofía de la ciencia.⁷ Mientras se pensaba que el curso del pensamiento científico estaba determinado exclusivamente por sus necesidades lógicas y empíricas, no podía haber lugar para ninguna rúbrica, masculina o no, en ese sistema de co-

⁶ Galileo Galilei, *Dialogue on the Great World Systems* (Chicago: University of Chicago Press, 1953, trad. al inglés de T. Salusbury, edición de G. de Santillana): 63.

⁷ El trabajo de Russell Hanson y de Tomas S. Kuhn fue de suma importancia para abrir nuestro entendimiento del pensamiento científico a la consideración de las influencias sociales, psicológicas y políticas.

nocimiento. Además, cualquier sugerencia de diferencias de género en nuestro pensamiento sobre el mundo habría llevado fácilmente a una mayor exclusión de las mujeres del mundo de la ciencia. Pero, a medida que se hicieron cada vez más evidentes las insuficiencias filosóficas e históricas de la concepción clásica de la ciencia y que, por otro lado, las historiadoras y las sociólogas empezaron a delinear cómo el desarrollo del conocimiento científico fue moldeado por su contexto social y político particular, se amplió nuestra comprensión de la ciencia como un proceso social. Esta comprensión es un requisito necesario tanto desde el punto de vista político como intelectual para una teoría feminista de la ciencia.

La integración del pensamiento feminista con otros estudios sociales de la ciencia trae consigo la promesa de descubrimientos radicalmente nuevos, pero también agrega una amenaza política al peligro intelectual existente. El peligro intelectual reside en ver la ciencia como un producto puramente social; entonces, la ciencia se disuelve en ideología y la objetividad pierde todo significado intrínseco. En el consiguiente relativismo cultural se niega cualquier función emancipatoria de la ciencia moderna, y el arbitraje de la verdad retrocede al ámbito político.⁸ Contra este trasfondo, las feministas se ven tentadas de abandonar sus pedidos de representación en la cultura científica para volver a una subjetividad puramente *femenina*, dejando la racionalidad y la objetividad al ámbito masculino, descartadas como productos de una conciencia puramente masculina.⁹

Varios autores y autoras abordaron los problemas planteados por un relativismo total;¹⁰ aquí sólo deseo mencionar algunos de

⁸ Véase, por ejemplo, Paul Feyerabend, *Against Method* (Londres: New Left Books, 1975); y *Science in a Free Society* (Londres: New Left Books, 1978).

⁹ Algunas feministas francesas expresaron esta idea con gran fuerza. Véase Elaine Marks e Isabelle de Courtivron (eds.), *New French Feminisms: An Anthology* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1980). Para un ejemplo de feministas norteamericanas, véase Susan Griffin, *Woman and Nature: The Roaring Inside Her* (Nueva York: Harper & Row, 1978).

¹⁰ Véase, por ejemplo, Steven Rose y Hilary Rose, "Radical Science and Its Enemies", en: Ralph Miliband y John Saville (eds.), *Socialist Register 1979* (Atlantic Highlands: Humanities Press, 1979): 317-335. Algunos de los puntos

los problemas especiales que vienen de su variante feminista, que son varios. En algunos aspectos importantes, el relativismo feminista es el tipo de acto radical que transforma el espectro político en un círculo. Al rechazar la objetividad como un ideal masculino, automáticamente une su voz a un coro enemigo y condena a las mujeres a residir fuera de la *realpolitik* de la cultura moderna; exagera el problema que desea resolver. También anula el potencial radical de la crítica feminista para nuestro entendimiento de la ciencia. A mi modo de ver, la tarea de una teoría científica feminista es doble: distinguir lo que es local de lo que es universal en el impulso científico, reclamando para las mujeres lo que les fue negado históricamente, y legitimar aquellos elementos de la cultura científica que fueron negados, precisamente, porque son definidos como femeninos.

Es importante reconocer que el marco que da pie a lo que podría llamarse un retroceso nihilista es, de hecho, proporcionado por la misma ideología de objetividad que se desea eludir. Ésta es la ideología que afirma una oposición entre la objetividad (masculina) y la subjetividad (femenina), y niega la posibilidad de mediación entre ambas. Por lo tanto, un primer paso para extender la crítica feminista a los fundamentos del pensamiento científico es reconceptualizar la objetividad como un proceso dialéctico para permitir la posibilidad de distinguir el esfuerzo objetivo de la ilusión objetivista. Como nos recuerda Piaget:

La objetividad consiste en percatarse completamente de las innumerables intrusiones del yo en el pensamiento cotidiano y en las innumerables ilusiones que resultan —ilusiones de sentido, de lenguaje, de punto de vista, de valores, etcétera— de que el paso preliminar para cualquier juicio es el esfuerzo por excluir el yo intruso. El realismo, en cambio, consiste en ignorar la existencia del yo y, así, considerar la perspectiva propia como inmediatamente objetiva y absoluta. Por lo tanto, el realismo es la ilusión

mencionados aquí también fueron señalados por Elizabeth Fee en "Is Feminism a Threat to Objectivity?", ponencia presentada en el encuentro de la American Association for the Advancement of Science, Toronto, 4 de enero de 1981.

antropocéntrica, la finalidad –o sea, todas las ilusiones que abundan en la historia de la ciencia–. Mientras el pensamiento no sea consciente del yo, es presa de confusiones perpetuas entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo ostensible.¹¹

En resumen, más que abandonar el esfuerzo humano esencial por entender el mundo en términos racionales, necesitamos redefinir ese esfuerzo. Para hacerlo, necesitamos agregar a los métodos conocidos de investigación racional y empírica un proceso adicional de autorreflexión crítica. Siguiendo el precepto de Piaget, necesitamos “tener conciencia del yo”. De esta manera, podemos ser conscientes de las características del proyecto científico que desmienten su pretensión de universalidad.

Los ingredientes ideológicos que preocupan particularmente a las feministas están allí donde la objetividad se une con la autonomía y la masculinidad, y, a la vez, donde las metas de la ciencia se unen con el poder y la dominación. La unión de la objetividad con la autonomía social y política fue examinada por varios autores y autoras, y se demostró que cumple una variedad de funciones políticas importantes.¹² Las implicaciones de unir la objetividad y la masculinidad se entienden menos. Esta conjunción también desempeña funciones políticas críticas, pero un entendimiento del significado sociopolítico de toda la constelación requiere un examen de los procesos psicológicos mediante los cuales se internalizan y perpetúan estas conexiones. En este punto, el psicoanálisis nos brinda una perspectiva valiosísima, y gran parte de mi trabajo se orientó a explorarla. En un trabajo anterior, intenté mostrar cómo las teorías psicoanalíticas del desarrollo iluminan la estructura y el significado de un sistema interactuante de asociaciones que unen la objetividad (un rasgo cognitivo) con la autonomía (un rasgo afectivo) y la masculinidad (un rasgo de

¹¹ Jean Piaget, *The Child's Conception of the World* (Totowa: Littlefield, Adams & Co., 1972).

¹² Jerome R. Ravetz, *Scientific Knowledge and Its Social Problems* (Londres: Oxford University Press, 1971); y Hilary Rose y Steven Rose, *Science and Society* (Londres: Allen Lane, 1969).

género).¹³ Aquí, después de un breve resumen de mi planteo anterior, querría explorar la relación entre este sistema, el poder y la dominación.

Al igual que Nancy Chodorow y Dorothy Dinnerstein, pienso que esa rama de la teoría psicoanalítica conocida como la teoría de las relaciones de objeto es especialmente útil.¹⁴ Buscar una explicación para el desarrollo de la personalidad en términos tanto de los impulsos innatos como de las relaciones reales con otros objetos (es decir, sujetos), nos permite entender cómo nuestras primeras experiencias –experiencias determinadas en gran medida por las relaciones socialmente estructuradas que forman el contexto de nuestros procesos de desarrollo– contribuyen a conformar nuestra concepción del mundo y nuestras orientaciones características hacia él. Nuestros primeros pasos en el mundo, en particular, están guiados principalmente por nuestras progenitoras –nuestras madres–; esto determina un marco de maduración para nuestro desarrollo emocional, cognitivo y de género, un marco posteriormente colmado por expectativas culturales.

En resumen, mi planteo era el siguiente: nuestro primer ambiente maternal, acompañado por la definición cultural de lo masculino (lo que nunca puede aparecer como femenino) y de la autonomía (aquello que nunca puede verse comprometido por la dependencia), lleva a la asociación de lo femenino con los placeres y los peligros de la fusión, y de lo masculino con el bienestar y la soledad de la separación. La ansiedad interna del niño sobre el yo y el género se ve reflejada en la ansiedad cultural más amplia por la cual se fomentan posturas de autonomía y masculinidad que pueden –y, de hecho, deben– tener como objetivo la defensa contra esa ansiedad y el anhelo que la genera. Finalmente, para todas nosotras, nuestro sentido de la realidad surge de esta misma matriz. Como lo subra-

¹³ Evelyn Fox Keller, “Gender and Science”, en: *Psychoanalysis and Contemporary Thought* (1978): 409-433.

¹⁴ Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Berkeley: University of California Press, 1978); y Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise* (Nueva York: Harper & Row, 1976).

yaron Piaget y otros, la capacidad para discernir las distinciones cognitivas entre el yo y el otro (la objetividad) evoluciona en concurrencia e interdependencia con el desarrollo de la autonomía psíquica; nuestros ideales cognitivos se subordinan a las mismas influencias psicológicas que nuestros ideales emocionales y de género. Con esta autonomía, el acto mismo de separar al sujeto del objeto —la objetividad misma— se asocia con la masculinidad. Juntas, las presiones psicológicas y culturales llevan a los tres ideales —el afectivo, el de género y el cognitivo— a un proceso de reafirmación mutua de exageración y rigidez.¹⁵ El resultado neto es el afianzamiento de una ideología objetivista y una devaluación correlativa de la subjetividad (femenina).

Este análisis deja fuera muchas cosas. Sobre todo, omite la discusión sobre los significados psicológicos del poder y la dominación, significados que deseo discutir ahora. Para la teoría de las relaciones de objeto, un punto central es reconocer que la condición de la autonomía psíquica tiene un doble filo: ofrece una profunda fuente de placer y, a la vez, potencialmente, de miedo. Los valores de la autonomía están en consonancia con los valores de la competencia, del dominio. De hecho, la competencia es en sí misma una condición previa para la autonomía y sirve incommensurablemente para confirmar el sentido del yo. Pero, ¿es necesario que el desarrollo de la competencia y del sentido de control lleve a un estado de alienación del yo, de la negación de la conexión, de la separación defensiva? ¿A formas de autonomía que pueden entenderse como protección contra el miedo? La teoría de las relaciones de objeto nos hace sensibles a la gama de significados de la autonomía: sugiere, simultáneamente, la necesidad de considerar los significados correspondientes de la com-

¹⁵ Para más detalles sobre este planteo, véase la nota 12. Al señalar los aportes de la psicología individual, de ninguna manera pretendo dar a entender una división sencilla de los factores individuales y sociales, ni de postularlos como influencias alternativas. Los rasgos psicológicos individuales se desarrollan en un sistema social, y éste recompensa y selecciona conjuntos particulares de rasgos individuales. Así, si las opciones particulares en la ciencia reflejan cierto tipo de impulsos psicológicos o rasgos de personalidad, debe entenderse que esas elecciones y no otras se hacen dentro de un marco social particular.

petencia. ¿Bajo qué circunstancias sugiere la competencia la dominación de un propio destino y bajo qué circunstancias implica la dominación del destino de otra persona? En resumen, ¿son el control y la dominación ingredientes esenciales de la competencia e intrínsecos al ser, o son correlativos de un yo alienado?

Una manera de responder a estas preguntas es usar la lógica del análisis resumido anteriormente para examinar el desplazamiento de la competencia hacia el poder y el control en la economía psíquica de una criatura. A partir de ese análisis, el impulso hacia la dominación puede entenderse como un concomitante natural del estado de separación defensiva. Según Jessica Benjamin: "Una manera de repudiar la igualdad, la dependencia y la cercanía con respecto a otra persona, mientras se trata de evitar los consiguientes sentimientos de soledad".¹⁶ Quizás nadie haya escrito con más sensibilidad que el psicoanalista D. W. Winnicott sobre las aguas turbulentas que debe recorrer una criatura al negociar la transición de la unión simbiótica al reconocimiento del yo y del otro como entidades autónomas. Nos advierte de un peligro que otras personas pasaron por alto: el peligro que surge de la fantasía inconsciente de que el sujeto destruyó en verdad el objeto durante el proceso de separación. Así nos dice:

Es la destrucción del objeto lo que coloca al objeto fuera del área de control [...] Después de "sujeto se relaciona con objeto" viene "sujeto destruye objeto" (al volverse externo); luego puede seguir "*objeto sobrevive* la destrucción del sujeto". Pero puede o no haber supervivencia. [Cuando la hay] por la supervivencia del objeto, el sujeto puede entonces haber empezado a llevar una vida en el mundo de los objetos y, por lo tanto, el sujeto puede ganar incommensurablemente; pero el precio debe pagarse con la aceptación de la continua destrucción en la fantasía inconsciente relativa al proceso de relación con los objetos.¹⁷

¹⁶ Jessica Benjamin discutió este mismo tema en un excelente análisis del papel de la dominación en la sexualidad. Véase "The Bonds of Love: Rational Violence and Erotic Domination", en *Feminist Studies* 6, núm. 1 (primavera de 1980): 144-174, en particular 150.

¹⁷ D. W. Winnicott, *Playing and Reality* (Nueva York: Basic Books, 1971): 89-90.

Por supuesto, Winnicott no está hablando de la supervivencia real sino de la confianza subjetiva en la supervivencia del otro. La supervivencia, en ese sentido, requiere que la criatura se mantenga relacionada; el fracaso inevitablemente induce a la culpa y al miedo. La criatura está al borde de un precipicio terrorífico. De un lado, está el temor de haber destruido el objeto y, del otro lado, la pérdida del yo. La criatura puede intentar asegurar esta posición precaria procurando dominar al otro. Los ciclos de destrucción y supervivencia se repiten mientras el otro se mantiene firmemente apartado, y, como escribe Benjamin, "la afirmación original del yo [...] se convierte de dominación inocente en la dominación del otro y contra él".¹⁸ En términos psicodinámicos, esta resolución particular de conflictos preedípicos es un producto de la consolidación edípica. El niño logra su seguridad final por la identificación con el padre, una identificación que implica simultáneamente la negación de la madre y una transformación de la culpa y el temor en agresión.

La agresión, por supuesto, tiene muchos significados, muchas fuentes y muchas formas de expresión. Aquí deseo referirme sólo a la forma que subyace al impulso de dominación. Traigo a colación la teoría psicoanalítica para ayudar a aclarar las formas de expresión que ese impulso encuentra en la ciencia como un todo y su relación con la objetivación en particular. Las mismas preguntas que hice sobre la criatura las puedo hacer sobre la ciencia. ¿Bajo qué circunstancias se busca el conocimiento científico por el placer de saber, por el conocimiento mayor que nos brinda, por el mayor dominio (real o imaginario) sobre nuestro propio destino, y bajo qué circunstancias es posible decir que la ciencia en realidad busca dominar a la naturaleza? ¿Existe aquí una distinción significativa?

En su obra *The Domination of Nature*, William Leiss observa lo siguiente: "La correlación necesaria de la dominación es la conciencia de subordinación en aquellas personas que deben obedecer la voluntad de otra; así, propiamente hablando, sólo otros hombres pueden ser objetos de dominación".¹⁹ (O, podríamos agregar, las mujeres.) De esta observación, Leiss infiere que no es la domi-

¹⁸ Benjamin, ob. cit.: 165.

¹⁹ William Leiss, *The Domination of Nature* (Boston: Beacon Press, 1974): 122.

nación de la naturaleza física lo que nos debería preocupar, sino el uso de nuestro conocimiento de la naturaleza física como un instrumento para la dominación de la naturaleza humana. O sea, ve la necesidad de correcciones, no en la ciencia, sino en sus usos. Es, precisamente, el punto en que se aparta de otros autores de la escuela de Frankfurt, que suponen que la lógica misma de la ciencia es la lógica de la dominación. Estoy de acuerdo con la observación básica de Leiss, pero hago una inferencia algo distinta. Pienso que el impulso de dominación encuentra expresión en las metas (e, incluso, en las teorías y en la práctica) de la ciencia moderna, y que, allí donde encuentra expresión, el impulso necesita ser reconocido como proyección. O sea, afirmo que no sólo en la negación de la interacción entre el sujeto y el otro, sino también en el acceso de la dominación a las metas del conocimiento científico, está la intrusión de un yo que comenzamos a reconocer como participante en la construcción cultural de la masculinidad.

El valor de la conciencia es que nos permite elegir, como seres humanos y como hombres y mujeres que hacemos ciencia. El control y la dominación no son, de hecho, intrínsecos ni al ser (esto es, a la autonomía) ni al conocimiento científico. Más bien, creo que el énfasis particular que la ciencia occidental puso en estas funciones del conocimiento es equiparable al ideal objetivista. El conocimiento, en general, y el conocimiento científico, en particular, sirven a dos divinidades: el poder y la trascendencia. Aspiran al dominio de la naturaleza y a la unión con ella.²⁰ La sexualidad obedece a las mismas divinidades y aspira a la dominación y la comunión en éxtasis, o sea, a la agresión y al eros. Es poco novedoso decir que el poder, el control y la dominación se alimentan en gran medida de la agresión mientras que la unión satisface un impulso más puramente erótico.

Ver el énfasis en el poder y el control que prevalece en la retórica de la ciencia occidental como una proyección de una con-

²⁰ Para una discusión de los diferentes papeles que desempeñan estos dos impulsos en las imágenes platónicas y baconianas del conocimiento, véase Evelyn Fox Keller, "Nature as 'Her'" (ponencia presentada en la Second Sex Conference, Instituto de Humanidades de Nueva York, septiembre de 1979).

ciencia específicamente masculina no requiere un gran esfuerzo de imaginación. En realidad, esa idea ya es un lugar común. Sobre todo la convoca la retórica que une la dominación de la naturaleza con la imagen insistente de la naturaleza como mujer, que en ninguna parte es tan común como en la obra de Francis Bacon. Para Bacon, el conocimiento y el poder son uno, y la promesa de la ciencia se expresa "conduciéndola a ti, Naturaleza, con todos sus hijos, para obligarla a que te sirva y hacerla tu esclava",²¹ por medios que no "sólo ejercen una conducción suave sobre el curso de la naturaleza; tienen el poder de conquistarla y someterla, de sacudirla hasta sus cimientos".²² En el contexto de la visión de Bacon, la conclusión de Bruno Bettelheim parece ineludible: "Sólo la psicología fálica hizo posible la agresiva manipulación de la naturaleza".²³

La visión de la ciencia como un proyecto edípico es también conocida a partir de los trabajos de Herbert Marcuse y de Norman O. Brown.²⁴ Pero la preocupación de Brown y de Marcuse es con lo que aquél llama una ciencia *mórbida*. Por lo tanto, para ambos autores, la búsqueda de una ciencia no mórbida, una ciencia *erótica*, sigue siendo un acto romántico. Esto es así porque la imagen de la ciencia que tienen es incompleta: omite los componentes eróticos cruciales, aunque menos visibles, presentes en la tradición científica. Nuestra propia búsqueda, para que sea realista y no romántica, debe basarse en una comprensión más rica de la tradición científica en todas sus dimensiones y en una comprensión de las formas en que esta tradición compleja y dialéctica se transforma en una retórica monolítica. De hecho, ni el niño edípico ni la ciencia moderna lograron deshacerse de sus

²¹ B. Farrington, "Temporis Partus Masculus: An Untranslated Writing of Francis Bacon", en: *Centaurus* 1 (1951): 193-205, en particular 197.

²² Francis Bacon, "Description of the Intellectual Globe", en: *The Philosophical Works of Francis Bacon*, editado por J. H. Robertson (Londres, Routledge & Sons, 1905): 506.

²³ Citado en Norman O. Brown, *Life Against Death* (Nueva York: Random House, 1959): 280.

²⁴ Brown y Herbert Marcuse, *One Dimensional Man* (Boston: Beacon Press, 1964).

anhelos preedípicos y, fundamentalmente, bisexuales. Es con este entendimiento que debe comenzar la búsqueda de una ciencia diferente, una ciencia no distorsionada por el sesgo masculinista.

La presencia de temas contrastantes, de una dialéctica entre impulsos agresivos y eróticos, puede verse en el trabajo de ciertos científicos y, de forma todavía más dramática, en los textos yuxtapuestos de diferentes científicos. Francis Bacon nos proporciona un modelo;²⁵ existen muchos otros. Para un contraste particularmente impactante, podíamos ver un científico contemporáneo que insiste en la importancia de "dejar que el material te hable", de permitir que "te diga qué hacer después" y que critica a otros científicos por tratar de "imponer una respuesta" a lo que ven. Para este científico, el descubrimiento se ve facilitado al hacerse uno "parte del sistema", y no permaneciendo afuera; es necesario "sentir el organismo".²⁶ Es verdad que el autor de estos comentarios no sólo pertenece a una época y un campo diferentes (en realidad, Bacon no era un científico según los parámetros generales), sino que también es una mujer. También es verdad que hay muchas razones, ya sugerí algunas, para pensar que el género (construido en un contexto ideológico) marca, de hecho, una diferencia en la investigación científica. Sin embargo, quiero señalar aquí que ni la ciencia ni los individuos están completamente limitados por la ideología. No es difícil encontrar sentimientos parecidos expresados por hombres de ciencia. Veamos el siguiente comentario: "Con frecuencia he tenido motivos para sentir que mis manos son más inteligentes que mi cabeza. Es una manera cruda de caracterizar la dialéctica de la experimentación. Cuando va bien, es como una conversación tranquila con la Naturaleza".²⁷ La diferencia entre concepciones de la ciencia *dominante y conversando con la naturaleza* no puede ser, primordialmente, ni una diferen-

²⁵ Para una discusión de la presencia de la misma dialéctica en los escritos de Francis Bacon, véase Evelyn Fox Keller, "Baconian Science: A Hermaphrodite Birth", en: *Philosophical Forum* 11, núm. 3 (primavera de 1980): 299-308.

²⁶ Barbara McClintock, entrevistas privadas, 1º de diciembre de 1978 y 13 de enero de 1979.

²⁷ G. Wald, "The Molecular Basis of Visual Excitation", en: *Les Prix Nobel en 1967* (Stockholm: Kungliga Boktryckeriet, 1968): 260.

cia entre épocas ni entre los sexos. Más bien, puede verse como representando un tema doble que entra en juego en el trabajo de todas las personas que hacen ciencia en todas las épocas. Pero los dos polos de esta dialéctica no aparecen con el mismo peso en la historia de la ciencia. Por lo tanto, debemos ocuparnos del proceso evolutivo que elige un tema como dominante.

En otro trabajo, planteé la importancia de un proceso de selección diferente.²⁸ En parte, las personas que hacen ciencia se eligen por el atractivo emocional de imágenes científicas particulares (estereotípicas). Aquí defiendo la importancia de la elección en el pensamiento científico, primero, de las metodologías y metas preferidas y, finalmente, de las teorías preferidas. Los dos procesos están relacionados. Aunque los estereotipos no son restrictivos (es decir, no describen a todos los individuos y quizás a ninguno) y este hecho crea la posibilidad de una competencia continua en la ciencia, el primer proceso de selección influye indudablemente sobre el resultado del segundo. Es decir, las personas atraídas por una ideología particular tenderán a elegir temas compatibles con esa ideología.

Un ejemplo en el que este proceso se ve desarrollado en el nivel teórico es en el destino de las teorías interaccionistas en la historia de la biología. Vale de ejemplo la disputa, a lo largo del siglo XX, entre las visiones organicistas y particularistas de la organización celular –entre lo que podría llamarse teorías jerárquicas y no jerárquicas–. Aunque el debate sea sobre la primacía del núcleo o de la célula como un todo, el genoma o el citoplasma, los defensores de la jerarquía han triunfado. Un genetista describió el conflicto en términos explícitamente políticos:

Dos conceptos de mecanismos genéticos han coexistido a lo largo del desarrollo de la genética moderna, pero el énfasis favoreció notablemente a uno de ellos [...]. Designaremos al primero como el concepto de la *Molécula Suprema* [...] Esto es, en esencia, la Teoría del Gene, interpretada para sugerir un gobierno totalitario [...] Designaremos el segundo concepto como el del *Es-*

²⁸ Evelyn Fox Keller, "Gender and Science", ob. cit.

tado de Equilibrio. Con esta denominación [...] imaginamos una organización dinámica y que se autopropaga, compuesta por una variedad de especies moleculares que deben sus propiedades específicas, no a la característica de algún tipo de molécula, sino a las interrelaciones funcionales de estas especies moleculares.²⁹

Poco tiempo después de la publicación de estos comentarios, la síntesis del ADN y el *dogma central* pusieron fin al debate entre las *moléculas supremas* y el interaccionismo dinámico. Con el éxito de la nueva biología molecular, estas teorías del *estado de Equilibrio* (o igualitarios) dejaron de interesar a la mayoría de los genetistas. Pero actualmente este conflicto parece resurgir en la genética en las teorías del sistema inmunológico y en las teorías del desarrollo.

En mi opinión el método y la teoría pueden constituir un continuo natural, a pesar de que Popper dice lo contrario y de que los mismos procesos de selección pueden tener el mismo peso simultáneamente, tanto en los medios como en las metas de la ciencia y en las descripciones teóricas que surgen. Se me ocurre esto, en parte, por la consonancia recurrente e impactante que puede verse en la manera en que trabajan las personas que hacen ciencia, la relación que establecen con su objeto de estudio y la orientación teórica que adoptan. Para seguir con el ejemplo citado anteriormente, la misma científica que se permitía transformarse en "parte del sistema" y cuyas investigaciones estaban guiadas por un "sentimiento por el organismo", desarrolló en su campo un paradigma que divergía tan radicalmente del paradigma dominante como su estilo metodológico.

En vez de la jerarquía lineal descrita por el dogma central de la biología molecular, donde el ADN codifica y transmite todas las instrucciones para el desarrollo de una célula viva, la investigación de esta científica produjo una perspectiva sobre el ADN en interacción delicada con el medio celular –una visión organicis-

²⁹ D. L. Nanney, "The Role of the Cytoplasm in Heredity", en: William D. McElroy y Bentley Glass (eds.), *The Chemical Basis of Heredity* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1957): 136.

ta-. Es que, más importante que el genoma como tal (es decir, el ADN), es el *organismo entero*. Según ella, el genoma funciona "sólo con respecto al medio en el que se encuentra".³⁰ En este trabajo, el programa codificado por el ADN está sujeto a cambios. Ya no existe el control supremo en un solo componente de la célula; más bien, el control reside en las complejas interacciones de todo sistema. Cuando el trabajo en el que se basa esta visión fue presentado por primera vez, no fue comprendido y fue mal recibido.³¹ Actualmente existe un renovado interés en gran parte de ese trabajo, aunque es importante decir que la visión total continúa siendo demasiado radical para ser aceptada por la mayoría en el campo de la biología.³²

Este ejemplo nos indica que no necesitamos depender de nuestra imaginación para una visión de lo que podría ser una ciencia diferente —una ciencia menos limitada por el impulso de dominación—. Más bien, debemos mirar el pluralismo temático en la historia de nuestra propia ciencia, tal como ha evolucionado. Aunque existen muchos otros ejemplos, carecemos de un entendimiento adecuado de toda la gama de influencias que conducen a la aceptación o al rechazo, no sólo de teorías particulares, sino de orientaciones teóricas diferentes. Lo que sugiero es que si algunas interpretaciones teóricas no fueron seleccionadas, es precisamente en este proceso de selección donde se observa que la ideología en general, y la ideología masculinista en particular, ejercen su influencia. De allí que la tarea, para una crítica feminista radical de la ciencia, sea, en primera instancia, una tarea histórica, pero finalmente transformadora. En el esfuerzo histórico, las feministas pueden aportar toda una nueva gama de sensibilidades y conducir a una conciencia igualmente nueva de las potencialidades que permanecen latentes en el proyecto científico.

³⁰ Barbara McClintock, entrevista cit., 1º de diciembre de 1978.

³¹ McClintock, "Chromosome Organization and Genic Expression", en: *Cold Springs Harbor Symposium of Quantitative Biology* 16 (1951): 13-44.

³² La publicación más reciente de McClintock sobre este tema es "Modified Gene Expressions Induced by Transposable Elements", en: W. A. Scott, R. Werner y J. Schultz (eds.), *Mobilization and Reassembly of Genetic Information* (Nueva York: Academic Press, 1980).

Uso y abuso de la antropología: reflexiones sobre el feminismo y la comprensión intercultural*

M. Z. Rosaldo**

Éste es un artículo sobre preguntas. En los últimos años, las feministas lograron que tanto el público en general como el mundo académico presten atención a un tema de incuestionable importancia. Anteriormente enceguecidas por prejuicios, empezamos a *descubrir* a las mujeres y recogimos bastantes datos sobre la vida, las necesidades y los intereses de las mujeres que, previamente, no habían sido tomados en cuenta por los estudiosos. No existen dudas acerca de que las tradiciones sexistas hicieron que nuestra información sea desigual. Ahora más que nunca nos damos cuenta de lo poco que sabemos sobre las mujeres. El apremio que sienten las investigadoras está basado en el reconocimiento de que irremediamente se perdieron registros valiosos sobre el arte, el trabajo y la política de las mujeres. Según el dicho, nuestras teorías son solamente tan buenas como nuestros datos. Como lo

* Título original en inglés: "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-cultural Understanding", publicado en: *Signs*, vol. 5, núm. 3 (primavera de 1980). Traducción de Laura Aponte Torre, revisada y corregida por Marysa Navarro.

** Este trabajo, con el título de "Thoughts on Domestic/Public", fue presentado por primera vez en la *Rockefeller Conference on Women, Work and Family*, en septiembre de 1977. Agradezco a las personas que participaron en esa conferencia, en particular a Heidi Hartmann y Catharine Stimpson, por sus inteligentes comentarios, y a Jane Atkinson, Jane Collier, Rose Coser, Karen Mason, Judith Modell, Fred Myers, Bridget O'Laughlin, Leslie Nadelson, Sherry Ortner, Renato Rosaldo y Sylvia Yanagisako por leer y criticar ese borrador y otros posteriores.